

XXX

LA REBELION DE 1568

Es ésta la tercera y última rebelión de los moriscos. Antes se alzaron sus abuelos mudéjares en el 1490 y 1500. Foco de ambas fue la Alpujarra almeriense. En la primera se apoderaron de Adra y los redujeron don Pedro de Granada Venegas y su hijo. Un documento anónimo, citado por Ladere Quesada en su libro «Los Mudéjares de Castilla en la Baja Edad Media», informa de la rebelión de 1500 en la Alpujarra. «... todos se alzaron y rebelaron y tomaron a Catil del Ferro y Alboñal (Albuñol) y a Adra, tres fortalezas muy flacas, porque estaban derribadas para labrarse y hacerse defendederas, y están dentro en las Alpujarras en la costa de la mar». Esta fortaleza de Adra era la de la Alquería, pues en la costa no se había comenzado a construir la fortaleza que querían levantar los Reyes Católicos.

Entre los rebeldes se contaban Abuçelín y sus hijos, que por este motivo perdieron las haciendas que tenían en Berja y en el Río de Almería, que los reyes dieron a los Abudí de Tabernas. Don Pedro Fajardo vino de Murcia con un ejército y redujo a los alpujarreños, que se habían apoderado de las fortalezas de Marchena y Alhama, y el conde de Lerín, señor entonces de Vélez-Blanco y su comarca, con un ejército reunido en Fiñana entró en el Andarax y destruyó a los alzados en Laujar. La rebelión volvió a estallar en diciembre de 1568.

La espoleta que explotó la rebelión morisca de 1568 fue la Pragmática de 1566. El 19 de diciembre de este año se tomó el acuerdo de promulgaria y el primero de enero del año siguiente se llevó a efecto. Se pro-

hibía a los moriscos hablar, leer y escribir en arábigo, quedaban anulados los contratos que se escribieran en esta lengua. Se prohibían las zambas y jeilas, los cantares e instrumentos moriscos en las bodas y fiesta familiares, celebrar los viernes, usar nombres y sobrenombres moros, bañarse en los baños construidos desde antiguo en cada lugar, que se debían destruir, vestir a la morisca, llevar las mujeres la cara tapada, tener gaziz o esclavos negros.

Según el letrado morisco Núñez Muley, estas costumbres y usos estaban prohibidos por diversas pragmáticas anteriores, que por unas u otras razones habían quedado en suspenso. Ahora se trataba, y parecía que iba en serio, de desarraigar las costumbres moriscas del reino de Granada e imponer las castellanias. Cabrera achacó a don Pedro de Deza, presidente de la Chancillería granadina, y al cardenal Espinosa, del Consejo de Estado, la rigidez de esta pragmática y la firme decisión de imponerla. Contra ella realizaron diversas gestiones el morisco Núñez Muley, apoderado de sus correigionarios, el Marqués de Mondéjar, capitán general del reino de Granada, que para ello fue expresamente a la corte, don Alonso de Granada Venegas, nieto del Infante de Almería Yahya al Nayar, nuestro don Pedro de Granada, muy leal al rey, pero partidario del apaciguamiento de los moriscos y don Juan Enríquez, señor de Baza. Ninguno consiguió ni siquiera el aplazamiento. Pudieron más los bonetes.

Fracasadas estas gestiones, los moriscos —dice el jesuita Gaspar de Aranda en un informe a San Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesús—, «trataron como gente desesperada de rebelarse». Escolano advierte que en un principio se entendió en Granada que los moriscos se rebelaban «pretendiendo libertad y ocasión de pasar a Africa con los demás, que por no abrazar la fe de Christo desampararon la tierra y fueron a Berbería. Pero el efecto mostró lo contrario y que sólo fue por vivir en su depravada seta de Mahoma y perseguir los christianos en odio de la católica fe».

Estando la tierra y los ánimos en Berja y Dalías, en la Alpujarra y Almería y en todo el reino de Granada con tal inquietud y exaltada tensión, en todas partes y por todos, moriscos y cristianos viejos, era esperada la rebelión, que se estaba fraguando en los recobecos del Albaicín y en las encrucijadas de la sierra. Se vivía en constante zozobra. «Cesaba el comercio —dice Hurtado de Mendoza— y pasó de Granada a los lugares de la costa; todo era confusión, sospecha, temor, sin resolver, proveer ni ejecutar».

Las autoridades granadinas fueron avisadas a tiempo de lo que los moriscos preparaban por un sacerdote beneficiado de Darrical, Francisco de Torrijos, el jesuita P. Juan de Albotodo, que evangelizaba la Alpujarra

desde diez años antes, y Muhammad ibn Daud. Los tres eran moriscos. El último fue apresado en Adra con un mensaje para el enfrente africano.

«El mejor y más cierto aviso —dice Mármol— fue (de) Francisco de Torrijos, beneficiado de Darrical, que era también vicario de las tahas de Berja y Dalías y del Cebel y después fue canónigo de la catedral de Granada; y pudo bien hacer, porque siendo muy ladino en la lengua árabe, por éste y otros respetos le hacían amistad y le respetaban. El cual, avisado por algunos moriscos, sus amigos, de lo que se trataba entre ellos por fin del año 1567, avisó al arzobispo de Granada y al marqués de Mondéjar, que aún se estaba en la Corte, avisándoles cómo había sabido por cosa cierta que los moriscos de la Alpujarra tenían tratado de alzarse el Jueves Santo. Esta nueva y la carta del beneficiado Torrijos envió luego el arzobispo a su Majestad, para que mandase poner remedio con brevedad; la cual fue causa de apresurar la venida del marqués de Mondéjar a Granada, con orden que visitase la Alpujarra y la costa y se informase particularmente de lo que el beneficiado Torrijos decía».

Este sacerdote era tan amigo de Andrés Alguacil, morisco del linaje de los antiguos alguaciles de Ugíjar, que muchos creían que era su hijo. Su madre era morisca. Al comenzar la rebelión se refugió en una torre de Darrical, de la que lo sacó un morisco aquel mismo día y lo llevó a esconder en una cueva de la sierra de Gádor. Avisado Andrés Alguacil, lo sacó de la cueva y se lo llevó a su casa de Ugíjar, donde lo tuvo varios días, fue visitado por los principales cabecillas de la rebelión, el Zaguér, el Partal y Miguel de Rojas, que le aseguraron la vida. Temiendo después por su vida a causa de los moriscos, Alguacil lo llevó a Nechite con intención de pasarlo a Guadix, pero no pudo por los temporales de nieve de aquel invierno. En esto llegó Farax Aben Farax, que quiso asesinarlo y lo dejó de hacer por cuatro mil ducados, que le dio Torrijos en dinero y plata labrada. Ido Farax, sus amigos lo llevaron a Vélor a casa de Miguel Abenzaba, hombre cuerdo, donde comenzaron a tratar el negocio de la rendición. Alguacil lo volvió a llevar a Nechite para pasarlo a Guadix. En Nechite le visitaron diez alguaciles de los principales de las Alpujarras, que le rogaron que los acompañase a presentarse al marqués de Mondéjar. Con ellos fue a Jubiles el 18 de enero. Hasta el final de la guerra trabajó en reducir a los rebeldes.

En los primeros días de mayo de 1568 el marqués de Mondéjar, don Luis Hurtado de Mendoza, capitán general del reino de Granada, estaba con su hijo, el conde de Tendilla, visitando las fortalezas de la costa. Ordenó aumentar la guarnición del castillo de la Rábida y poner guarniciones en las torres de Guarea y Guainos. En Berja le llegaron tres cristianos viejos, que le enviaba el capitán de Adra con un libro y unos papeles cogidos

a unos moriscos que habían intentado irse a Berbería. Se trataba de Muhammad ibn Daud o Deud, vecino del Albaicín, donde era geliz de la seda. Era uno de los cabecillas que preparaban la rebelión. Había bajado a la costa con otros moriscos del Albaicín, encontró una cuadrilla de monfies y fueron a esperar el paso de alguna nave berberisca que los llevase allende. Los monfies querían matar tres cristianos viejos que habían apresado. El Daud los disuadió y consiguió que se los diesen para llevarlos a Berbería y regalarlos a algún alcaide principal, que les prestase ayuda en hombres y armas.

Se acercaron a la Alquería de Adra en busca del morisco Nohayta, pescador, que vivía aguas arriba, en la confluencia de los ríos Chico de Berja y Grande de Adra. Nohayta tenía alquilada una barca del cristiano viejo Juan de la Rambla y prometió irse con ellos en la barca. Al mismo tiempo avisó de la fuga al dueño, que hizo unos agujeros en el casco de la navicilla, los tapó con cera y previno al capitán de Adra.

Una noche los moriscos bajaron sigilosamente a la Puerta de la Mar de Adra, junto a la cual estaba varada la barca, la echaron al agua, entraron en ella el Daud, los monfies con sus tres cautivos, unas moriscas y unos muchachos. Cuando llevaban navegando un rato, saltó la cera que taponaba los agujeros y comenzó a entrar agua en la barca. Tuvieron que volver a la playa, donde los esperaban los soldados de Adra, que apresaron a las mujeres y a los muchachos, el Daud y los monfies dejaron a los cautivos y escaparon a la sierra. Al Daud se le cayó una bolsa que contenía un libro y algunos papeles en árabe, que el capitán de Adra envió al marqués de Mondéjar con los cristianos liberados. El marqués bajó a Adra y fue a Almería, donde estuvo mes y medio sin que se le ordenara cosa nueva. Volvió a Granada, «dejando todas las plazas de la costa visitadas y proveídas lo mejor que pudo».

El libro cogido al Daud trataba temas de Mahometismo, en uno de los papeles había un poema en el que se exponía la situación de los moriscos y en otro una carta de los albaicinceros a los alcaides de las plazas del enfrente africano, en la que se les pedía ayuda para la rebelión. El marqués envió al rey estos papeles y la traducción hecha por Alonso del Castillo.

Los moriscos del Albaicín se negaron a seguir una rebelión que ellos mismos habían preparado con los alpujarreños. La rebelión comenzó en el Valle de Lecrín, se corrió a la Alpujarra, Almuñécar, el Cente, el Río de Almería, las sierras de Bentomiz y de Ronda, la sierra de Filabres, el Almanzora y la altiplanicie granadina.

La chispa saltó el 23 de diciembre de 1568. Siete escribanos y alguaciles de Ugújar, que iban a pasar las Navidades con sus familias en Grana-

da, iban recogiendo, como tenían por costumbre, en las alquerías, pollos, gallinas, miel, fruta y dinero, de grado o por fuerza. En una de las alquerías tomaron unas caballerías, los dueños avisaron al Partal y al Seníz de Berchú, monfies, que con sus cuadrillas les cortaron el paso en una alquería de Poqueira, mataron seis y les arrebataron la presa. Solamente escaparon Pedro de Medina y el morisco que les servía de guía. En este brete los monfies toparon con cinco escuderos que volvían a Motril, los mataron y les tomaron armas y caballos. El mismo día entraron en la vecina taha de Ferreira el capitán de Adra, Diego de Herrera, y su cuñado con cincuenta soldados, que llevaban a Adra una carga de arcabuces. La noche siguiente fueron a dormir a Cádiar. Avisado don Fernando el Zagüer, ordenó que cada vecino alojase un soldado y dejase abierta la puerta de la casa, para que a media noche entraran los monfies y los asesinasen, como ocurrió. Solamente escaparon tres soldados que consiguieron llegar a Adra. El día siguiente mataron a Mariblanca, ama del cura y a algunos vecinos, se armaron con los arcabuces que llevaban los soldados, enviaron las mujeres y los viejos con el ganado y los bienes muebles a Jubiles y monfies y vecinos se fueron a Ugijar, «donde los dejaremos agora hasta que sea tiempo de volver a su historia, que ellos harán por donde no podamos olvidarlos aunque queramos».

La rebelión se contagió el mismo día 23, jueves, por la tarde a Lanjarón. El 24 se alzaron los lugares de la taha de Orgiva, que eran quince con la cabeza en Albacete de Orgiva, donde había una torre muy fuerte, en la que se refugiaron los cristianos viejos, los cuatro lugares de Poqueira, los once de Ferreira, los veinte de Jubiles, los catorce de los dos Ceheles y los diecinueve de Ugijar.

El capitán Diego de La Gasca, que estaba en Dalías con cuarenta soldados de su compañía, avisado por uno de los soldados escapados de la matanza de Cádiar, pidió socorro a don García de Villarreal, que no se lo pudo enviar por tener poca gente en Almería, fue a Darrical en busca del sacerdote Torrijos, no lo encontró y llegó a Ugijar el domingo 26 por la mañana y se puso en un viso. Los cristianos, que estaban refugiados en la torre de la iglesia, pensaron que los iban a socorrer. Lo mismo pensaron los moriscos, que comenzaron a retirarse hacia la sierra. La Gasca, por el contrario, creyó que los moriscos iban a impedirle la retirada y se volvió a Adra. Le hubiera sido fácil socorrer a los cristianos e incluso salvar Ugijar y abortar la rebelión, pues don Fernando el Zagüer, el principal cabecilla hasta entonces de la revuelta, ya estaba arrepentido de lo hecho y había convencido a los otros cabecillas para volverse a sus casas. Retirado La Gasca, los moriscos volvieron a Ugijar, destruyeron la iglesia y asesinaron a los cristianos. En todos los lugares fueron los vecinos mo-

riscos los que se alzaron de su voluntad, solamente en Lanjarón fue necesario que los moriscos los empujasen.

«Alzáronse los de Adra la Vieja (La Alquería), Salobra y Marbella —dice Mármol— cuando los de la taha de Ugíjar (el 24 de diciembre) y los moriscos se subieron a la sierra con sus mujeres e hijos, mas no hicieron daño a los cristianos que vivían entre ellos, porque se recogieron con tiempo a la villa de Adra la Nueva». Cuando Diego de La Gasca volvió de Ugíjar, envió una barca a pedir socorro a Málaga, cuyo corregidor le envió en dos bergantines al capitán Hernán Vázquez de Loaisa con cien hombres y al proveedor Pedro Verdugo con bastimentos y municiones. De Almería, a pesar de la negativa anterior, le enviaron una fragata con soldados. Con esta gente La Gasca recorrió los lugares cercanos y recogió en Adra los cristianos viejos, que pudieron escapar con ellos.

Los moriscos de Berja se alzaron el día 25. Mármol cuenta sucintamente lo sucedido. Completan sus noticias los testigos de las Actas Jurídicas, que se conservan en el archivo parroquial de Ugíjar, las noticias recogidas por Antolines y las que dan los testigos citados en la genealogía de Morales.

Berja —dice Mármol— «alzóse el primer día de Pascua de Navidad; algunos de los cristianos, que allí vivían, se acogieron luego a la villa de Adra y otros, confiados en unas torres fuertes, que tenían en sus casas por miedo de los corsarios turcos, se metieron dentro con sus mujeres e hijos y los que no tuvieron comodidad de hacer lo uno ni lo otro, se fueron a recoger a la torre de la iglesia. Los que fueron a Adra se salvaron y todos los demás se perdieron, porque los enemigos de toda verdad los aseguraron con buenas palabras, diciendo que no les harían mal y desque los tuvieron en su poder, los desnudaron y trataron cruelísimamente; sólo Celedón de Enciso y Juan Muñoz se pudieron escapar descolgándose de sus torres y acogiéndose a Adra».

De los testigos de las Actas Jurídicas es de mayor excepción el capitán Antonio de Almenara, vecino de Laroles, al que los moriscos mataron en Bayárcal el padre y tres hermanos. El estaba estudiando en Granada, se alistó como alférez durante toda la guerra y volvió a su pueblo como capitán. Se quedó a vivir en la Alpujarra. Se dedicó a recoger noticias ante escribanos de los testigos que quedaban de la guerra. Con este motivo estuvo en Berja en el 1575 y recogió en las Actas relaciones de lo que contaron.

«La villa de Berja —dice— es un lugar de los principales y el que más de toda la Alpujarra. Los vecinos que en esta villa vivían tuvieron nuevas ciertas que el reino se rebelaba el primero día de Pascual, y los dichos ve-

cinos, por tener una iglesia muy fuerte, se recogieron todos a ella sin la prevención necesaria de bastimentos ni municiones, porque los muchos moros que en el lugar avía y muchos monfies que entraron en el lugar con sus armas, los sobresaltaron y no les dieron lugar a prevenirse de cosa ninguna, porque el dicho día primero de Pascua, bien de mañana, parecieron dos moros naturales del dicho lugar con dos banderas de colores y muy acompañados de monfies, todos armados, y muchos moros naturales que se avían juntado con ellos, que estos dos capitanes se decían el uno Bernardo de Mendoza y el Céspedes, con más de cien moros en sus compañías, y luego se les juntaron todos los moros de la dicha villa invocando a Mahoma, y assí fueron de golpe y cercaron la iglesia, donde estaban los cristianos nechos fuertes con sus mujeres y hijos y les pusieron cerco, y como los dichos cristianos eran muchos y no tenían bastimentos, fueles fuerza rendirse».

Esta relación la van ampliando los otros testigos. Pedro de la Cuesta, escribano público, cuenta un siglo después de los sucesos lo que había oído a su abuela Melchora de Castañeda, que tenía nueve años cuando la rebelión y a Mariana de Benavente, que tenía doce en aquellas fechas, y ambas habían estado con sus madres cautivas de los moriscos. «La mañana de la Pascua de Navidad tuvieron noticia que se rebelaban los moriscos, que avía en la villa, que pasaban de más de ochocientos vezinos, y los cristianos serían hasta setenta vezinos, y unos se huieron a Adra de miedo dellos, otros se fueron a recoger a la torre de la iglesia desta villa por ser fuerte, y estando encerrados en ella, los moros les persuadieron se diesen, pues no tenían bastimentos para hacerse fuertes en la dicha torre, y les creyeron fiados de que les daban palabra de dexarlos ir a Adra, presidio que está como dos leguas desta villa, en la marina».

Juan de Herrera Canseco, vecino de Berja en el 1669, cuenta lo que había oído a su padre, Juan Sánchez Sahagún, que tenía nueve años cuando la rebelión y a Catalina de Bárcena, que estaba recién casada cuando la rebelión y «parió estando captiva en la iglesia del Andarax» (Laujar). En «la Pascua de Navidad del año quinientos sesenta y ocho se rebelaron los moriscos desta tierra y desta villa, y entendido que los xptianos della se retiraron a la torre y iglesia della, y allí estuvieron hasta que aviendo cogido a Diego Sánchez Sahagún y a Fulano de Pareja, marido de Constanza Vázquez, les amenazaron a los xptianos encerrados en la torre y en particular a la dicha Constanza Vázquez, que los matarían si no abrían la iglesia, y para asegurar más a los xptianos, decían que abriesen y los dejarían ir libres, y ellos se resistían no fiándose, mas fueron tantas las instancias de la dicha Constanza Vázquez a que se diesen, que abrieron la iglesia».

El capitán Diego de Valdivia dijo lo que había oído a su abuelo y a Catalina Bárcena. «...se levantó la tierra víspera y día del nacimiento de

nuestro Señor por la mañana, y todos los cristianos viejos con sus mugeres y familias se retraxeron a la iglesia de la villa, donde se hizieron fuertes, y los moros les hicieron mucha instancia a que se diesen a partido, y se entregaron a ellos por la gran sed y hambre fiados de los partidos que les prometían falsamente, diciendo que los dexarian gozar de sus haciendas y estar en sus casas, con lo que vinieron a sus manos».

Otra fuente de noticias es la información que en enero de 1617, cuarenta y ocho años después de la rebelión, mandó hacer ante escribano público el sacerdote Francisco de Morales y Valdivia, cuyo padre Lucas de Morales había sido asesinado en Berja. Este era cuando la rebelión escribano público de Ugijar y Paterna. Al rebelarse los moriscos, se retiró a Paterna, creyéndose más seguro en este lugar. Un morisco amigo le aconsejó que se bajase a Berja donde había torres fuertes en las que refugiarse. Así lo hizo la noche del 24 al 25. Bajó con seis cristianos viejos de Paterna y se metieron en la torre de Celedón de Enciso, que se conserva aún. Celedón no se fió de su torre, consiguió escapar de Berja y su fue a Adra, como dice Mármol. Los moriscos consiguieron que Morales y sus compañeros dejaran la torre y los asesinaron. Esta información se recoge en el expediente de hidalguía del apellido Morales, que se guarda en el archivo familiar de los Joya-Godoy.

Tres testigos cuentan la odisea de Morales y sus compañeros. Diego de Todo el Viejo, vecino de Yáfor, que tenía veintidós años cuando la rebelión, dice que Lucas de Morales y sus compañeros «se metieron en la casa de Celedón de Enciso, vezino de dicha villa, que tenía casa y torre dentro della fuerte... y estando en ella saue este testigo que llegaron a la dicha villa de Verja mucha cantidad de moros de los naturales deste reino y vezinos de la dicha villa, armados, y todos llegaron a la dicha casa y torre del dicho Celedón de Enciso, y requirieron a los christianos que estaban dentro de la dicha torre, que se diesen y que les daban palabra de no matarlos, porque no querían más de los despojos y echarlos deste Reyno, y dichos christianos procuraron la defensa y no se querían rendir, y vistos los dichos moros que no se querían rendir los dichos christianos, empezaron a picar y cabar la obra de cantería de la dicha torre para derribarla, y visto los dichos christianos que la dicha torre era de poca consideración y que la iban derribando, abrieron la puerta y se dieron a los moros debaxo de la palabra que abían dado que no los matarían...».

Juan de Briones, que vivía en Turón cuando la rebelión, tenía ochenta años cuando declaró que «por el tiempo que se levantaron los moros, que abrá cuarenta y ocho años, los moros que avía en estas Alpujarras captiaban a los christianos viejos, que auía entre ellos, y los martirizaban, y los christianos viejos que se podían escapar, yban huyendo a las fronteras

y sitios fuertes, donde pudiesen estar con alguna seguridad, por lo qual saue que se vinieron muchos de los dichos christianos viejos a esta villa por auer en eila torres y sitios fuertes y gente de a caballo para la guarda de la costa... Los moriscos obligaron a rendirse a los que estaban en la torre de Enciso y en las otras torres por no tener socorro de ninguna parte».

Concertados estos testimonios, tenemos una relación bastante acertada y cierta de lo que ocurrió en Berja. La Noche Buena llegaron los pocos cristianos que pudieron escapar de Paterna y de los otros lugares, en los que el día anterior se habían rebelado los moriscos y habían comenzado a matar cristianos. Los cristianos viejos de Berja, como los de los demás lugares de la Alpujarra, aunque preveían una revuelta de sus convecinos moriscos, no sospecharon su magnitud ni el furor con que se iban a ensañar en ellos, por lo que ni buscaron con tiempo refugio en Adra ni prepararon sus torres y la iglesia con armas, municiones y bastimentos. Delante de la ola de la revolución, que avanzaba de Poniente a Levante, corrían por trochas y veredas los pocos cristianos viejos que lograbán escapar de las matanzas en los pueblos rebelados, buscando su salvación en las torres de Berja, que resultaron inútiles por falta de previsión, y en la fortaleza de Adra. Las torres de Berja fueron la última trampa en que cayeron y la fortaleza de Adra, el último puerto de salvación. Los cristianos de Berja apenas tuvieron tiempo unos para huir a Adra, otros para meterse en sus torres y los más para refugiarse en el templo parroquial, de sólidos muros, que tenía en el atrio una torre fuerte, que servía de campanario, sin la precaución por la premura e intempestivo de la hora, de madrugada, y el nerviosismo de llevar consigo armas, municiones y provisiones.

Al mismo tiempo, la madrugada del 25, los moriscos con sus jefes Bernardo de Mendoza, Céspedes y el Rendelí se concentraron en el camino de Ugijar, a la entrada del vallejo de Peñarodada, donde se les unieron los moriscos de las otras partes de la Alpujarra, y todos entraron por la Carrera en la Plaza formando compañías, con banderas de colores desplegadas y apellidando a Mahoma.

Los moriscos emplearon el día 25 en saquear las casas de los cristianos y asediar las torres y la iglesia, procurando con falsas promesas que se entregasen los cristianos, que se habían refugiado en ellas, lo que no resultó difícil, perdida la esperanza de que les llegara socorro. Conforme se iban entregando, olvidada la palabra dada de respetarles la vida, los iban desnudando y amarrando y metiéndolos en la iglesia, convertida en cárcel después de profanada, las mujeres y los niños pequeños en la capilla mayor, separada de la nave central por una verja, y en ésta, desnudos y amarrados, los muchachos mayores de doce años y los hombres, incluidos los sacerdotes.

El día 26 mientras unas cuadrillas se dedicaban a matar en la Plaza a los cristianos encerrados en la iglesia, otras fueron a levantar a los moriscos de Dalías. Los cristianos viejos de Dalías eran menos en número que los de Berja y sus convecinos moriscos, de mejor condición, algunos sufrieron la muerte a manos de los suyos por no querer rebelarse o por echarles en cara los atropellos que cometían y bastantes se salvaron en la iglesia de Dalías la Nueva. Los núcleos de población formaban dos grupos, uno en la parte alta, Celín-El Hizán y el otro en la baja, Ambroz y los barrios de su entorno.

Mármol dice que los moriscos de Dalías se alzaron al mismo tiempo que los de Berja, el día 25. Algunos testigos afirman que a fines de diciembre. Parece lo más cierto que se alzaron el 26 o el 27, cuando unas cuadrillas de Berja vinieron sobre esta taha y hallaron que sus vecinos estaban quietos y pacíficos. Cayeron primero sobre Celín y el Hizán, bajaron después a Ambroz, Dalías la Nueva. Sorprendidos los cristianos en Celín, perecieron todos a manos de los moriscos y los monjes de Berja. Los de Ambroz tuvieron tiempo de refugiarse en la iglesia y, aunque los moriscos los cercaron, fueron liberados poco después por los soldados de Adra.

Fue al lugar de Dalías —dice Mármol— aquel moro que dijimos llamado el Rendedi, y estando todos los vecinos a la puerta de la iglesia, para entrar en Misa, llegó con cuatro banderas y mucha gente armada y se puso a vista del lugar en un viso, que se hace en una serrezuela por bajo de la sierra de Gádor por la parte de Levante; y que a un mismo tiempo habían asomado otras cuatro banderas a la parte de Poniente sobre una punta de la misma sierra y que los vecinos se alborotaron con aquella novedad, y juntándose los regidores, que todos eran moriscos, salieron con alguna gente a ver qué eran aquellas banderas, y que el Rendedi bajó a ellos con cincuenta tiradores y les dijo que se alzasen luego, porque todos los lugares de la Alpujarra estaban alzados y como le respondieron que ellos no entendían hacer mudanzas por entonces, el moro se enojó mucho y les dijo que no había venido a otra cosa y que se habían de alzar mal de su agrado; el cual entró con toda la gente en el lugar y mandó pregonar por todo él que so pena de la vida todos los vecinos saliesen luego a la plaza con sus armas los que las tuviesen, y porque algunos ricos no salieron tan presto, los hizo matar y saquearles las casas, diciendo que eran cristianos, enemigos de Mahoma». Esto ocurrió en el Hizán. Las noticias que da Mármol apenas esbozan lo que sucedió en Dalías. Por los testigos de las actas de Ugíjar conocemos mejor los sucesos.

Antonio de Almenara añade poco a lo contado por Mármol. «A este lugar (Celín y el Hizán) vinieron muchos moros con banderas y porque

algunos vecinos de dicho lugar, moriscos, no se quisieron rebelar, luego que los moriscos entraron a rebelar el lugar, mataron cuatro o cinco moriscos naturales del y a una muger morisca». Pedro de la Joya, cabo de las Guardias Viejas, declaró cien años después, en las Actas de Ugíjar, lo que había oído a testigos presenciales de lo ocurrido en el Hizán. «En el barrio del Alhizán, que agora se llama Celín, quando se levantaron los moros, no se avían levantado los moros de aquella villa o barrio quando pasaron los demás levantamientos y estragos, que hicieron en otras partes, sino que cerca del fin del año 568, que fue el año del levantamiento, el Rendau con más de setecientos tiradores llegó a dicho barrio o villa, que entonces era, y halló que todavía no se avían levantado contra el Rey, nuestro señor, sus vecinos, y rogádoselo primero, y después con penas les obligó a tomar su voz y levantarse, y entonces lo xpianos se recogieron a una torre, que llamaban Alhizán y hoy se dice de Garabito, y allí se defendieron algún poco tiempo para favorecerse... y yendo a rogar a los xpianos se diesen y los xpianos no queriendo, aunque les prometían encaminarlos a Guadix y dexarlos llevar sus bienes, menos el dinero y algunas alhajas, que a los moros contentasen, como ya sabían que no cumplían la palabra que davan, como se avía experimentado en Uxíjar y Verja y otras partes, no esperaron más sino juntando mucho material de fuego y humo, les pegaron fuego, y aunque veían que a los hombres en baxando los iban matando, viéndose apretados, se echaban con sogas por la parte de la torre que no avía fuego, y en fin todos murieron».

Juan Jiménez Quero, vecino de Dalías, declaró en 1669 lo que había oído contar a su suegra María Martín y a su padre Diego Jiménez, que eran niños cuando la rebelión de los moriscos; a su padre lo salvaron de la muerte vistiéndolo de niña, pues los moriscos mataban a los varones mayores de doce años. Cuenta lo sucedido en Ambroz o Dalías la Nueva. «En esta villa los xpianos se recogieron a la torre de la iglesia y en ella estuvieron defendidos hasta que la gente de Adra los libró, y que en el castillo o torre de Garavito se recogieron otros xpianos y que los moros los cercaron y que allí les dieron fuego con el qual perecieron».

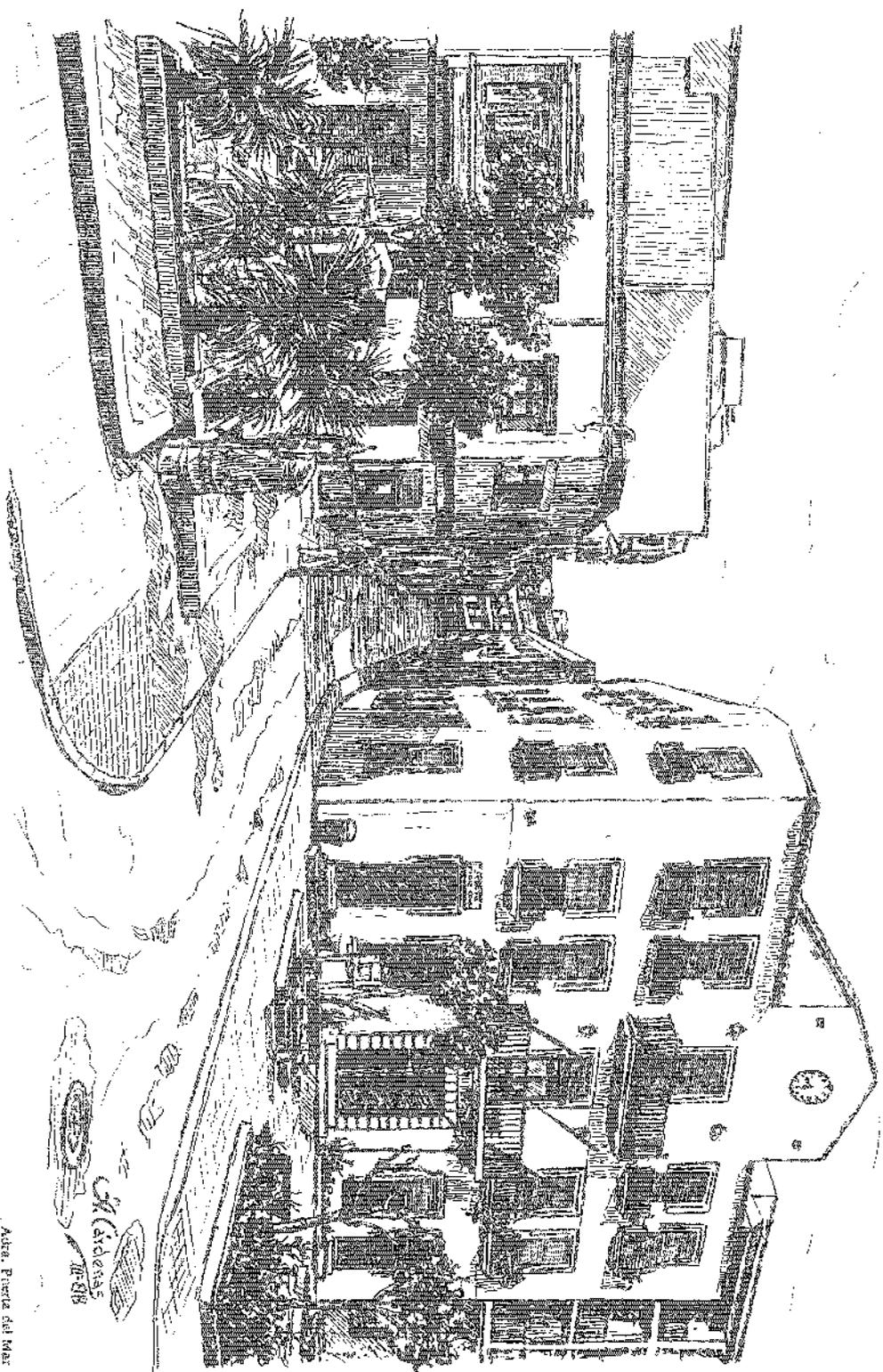
Almencara añade algunos datos más. «Y aviendo salido de allí (Celín), vinieron a esta villa de Dalías y hallaron recogidos los xpianos en la torre y hechos fuertes en ella, en su iglesia, y los cercaron dentro, y avía hasta trescientas personas, y allí estuvieron encerrados más de veinte días, y les faltó el agua del aljibe que oy ay en la sacristía, y allí nació un niño dentro de la iglesia, que se llamaba Juan de Aguila Lechuga, a quien conocí muy bien, y de sed y hambre murieron muchas personas grandes y pequeñas, de pura miseria y falta de alimentos, y un morisco llamado Clinien les llevaba algunas cosillas de comer, y sabían esto los moros y parezién-

doles que aquel conseguiría dellos el darse, les dixeran por su medio se dieran, y el dicho morisco los hazía señas quando les hablava para que no se dicesen, aunque dezía otra cosa con la boca, y llegando esta noticia a don Diego de La Gasca, capitán de la gente de guerra de Adra, natural de Málaga, el gran aprieto y miseria en que los xpianos se hallavan, vino y echó delante a Juan de Acien, soldado de a cavallo, y este vino a ver si los xpianos aún vivían, y dándoles voces les dixo que tuviesen ánimos que ya llegaba el socorro, y con oír esto los moros que estaban de guarda huyeron, y llegó el capitán con sus cavallos y los sacó de la iglesia y los llevó a Adra, y aviendo llegado a ver aquel miserable espectáculo de difuntos y que los que vivían estaban para expirar, los niños macilentos y desfigurados, lloró la infelicidad dellos, y conocieron todos los presentes el mucho sentimiento de su corazón».

La mayor parte de los habitantes de la taha de Dalías eran moriscos. Que en la iglesia de Ambroz se refugiasen con los pocos cristianos viejos del lugar trescientas ochenta personas demuestra que bastantes moriscos prefirieron seguir su suerte a alzarse. Ya hemos visto que en el Hizán y Celfín fueron asesinados cinco o seis moriscos. Pienso que se alzaron dos terceras partes de la población morisca de la taha de Dalías y permaneció fiel la otra tercera parte.

De la rebelión en los lugares de la taha de Remepipar o de Felix conocemos lo que nos ha conservado Mármo. «Los lugares de Inix, Felix y Vúcar caen a poniente de la ciudad de Almería, en una sinconada que hace la sierra de Gádor cuando va a despuntar sobre el mar Mediterráneo, y los moradores dellos se alzaron cuando los de Guécija, y cuando hubieron robado y destruido las iglesias y muerto algunos cristianos y prendido otros, fueron muchos dellos en favor de los que combatían la torre de Guécija». Un espía confirmó que los de estos pueblos iban a ayudar a los moriscos de Huécija.

Nos quedamos con toda la Baja Alpujarra almeriense levantada. Pasamos a ver lo que los moriscos hicieron en cada lugar.



Astoria, Puerta del Mar

